
Lorenzo Salvetti

El beso de la mujer araña

Dos hombres que provienen de diferentes horizontes de ternura se encuentran en una sórdida celda e inician sus intercambios. En el uno, todo es en apariencia coherente, su explicación de la vida es redonda y sólida como una piedra de moler. Sus ideales lo explican todo y su ternura encaja como pieza de máquina dentro de los deberes autoimpuestos de la revolución; porque al fin y al cabo en medio de un mundo de injusticias, en medio de la tortura, sólo la extrema confianza en las ideas y los compañeros permite sobrevivir. El otro personaje es ambiguo; todo en él es sospechoso, desde su sexo, hasta las películas que cuenta para distraer el tiempo. Su ternura proviene de las fijaciones maternas de la vida del medio gay, de la protección de su padrino, en fin, de todo lo que aparentemente puede ser equívoco y sospechoso. Estos dos seres, terriblemente alejados, deben compartir un espacio miserable donde se construye la vida cotidiana por obligación, y éste es, precisamente, su punto de partida, porque la vida cotidiana es algo más que los ideales, las sospechas y los equívocos que se tengan. Cuando los detalles de ceder

un plato más grande, contar un sueño, pero sobre todo, descubrir que se es débil, que hay ocasiones en que necesitamos de los otros con la misma dependencia e ingenuidad de un niño, allí, entonces, se construye otro espacio desconocido tanto para la revolución como para todas las ambigüedades. La comunicación se establece de manera diferente, y ya no son las explicaciones fáciles sino las disculpas corteses lo que le da comienzo al respeto; el revolucionario dice: no te había comprendido; y el homosexual responde: tus ideales no los entiendo bien pero me parecen generosos. Así se va desarrollando el diálogo hasta cuando emerge una ternura diferente a la del origen que abre la posibilidad de tener más transparencia y generosidad, de modo que la celda deje de ser sórdida y lo sórdido sea ese mundo exterior que no permite establecer nuevas ternuras y donde los esquemas y la brutalidad hacen parecer a los hombres siempre incomunicados. Aun cuando, pese a todo, ese lastre externo no deja de marcar a los protagonistas: el uno queda aislado en la sala de tortura, el otro, en el sacrificio

de una causa que no comprende bien pero que ha sentido profundamente.

Difícilmente el montaje que de la obra ha hecho Lorenzo Salvetti, visto en el último Festival de Teatro de Manizales y en el TPB en Bogotá, refleja las condiciones de angustia de un drama poco común. A pesar de la buena intención, el efecto escenográfico de limitar el espacio con bordes redondeados no nos transmite la sensación de angustia del lugar, y los tonos pálidos de la pared aluden más a la pieza de una quinceañera que a la celda de una cárcel. La sobriedad necesaria para representar un personaje cuya sola presencia despierta en nuestro medio risas burlonas, no es alcanzado plenamente. El montaje le hace concesiones al público, parecería que el actor se complace con la risa de los espectadores, cuando cada risa, cada murmullo de burlas, es una muestra de fracaso de la caracterización actuarial.

Gonzalo Escobar Téllez. Sociólogo. Profesor de la Universidad Nacional, Seccional de Manizales.